

Del amor y otras psicosis

Fernando COLINA

Querida estrella:

I. LÍMITES.

0. «La entidad del amor es la identidad del sujeto». De su justificación y sus consecuencias.

1. LOCURA.

Del amor se habla insistentemente y resurge inexcrutable. De continuo hay de desempolvarle.

El primer saber útil del amor le define como locura, pero locura no divina (LACAN) sino humana y clínica. Si «el Yo es el síntoma» (LACAN), el amor es nuestra enfermedad, nuestra psicosis. Pero no una psicosis cualquiera sino la psicosis por excelencia, distinción en la que desbanca a la esquizofrenia. Es una psicosis, el fundamento de todas las psicosis y a la vez, y paradójicamente, la garantía de nuestra cordura.

El amor coincide con aquella locura que sostenía PASCAL: «Los hombres son tan necesariamente locos, que ser loco sería loco por otra forma de locura». El amor es ese pivote en el que gira la locura: «Hemos de comenzar a amar para no enfermar y enfermamos en cuanto una prohibición externa o

interna nos impide amar» (FREUD en «Introducción al Narcisismo»).

2. IDENTIDAD.

El escenario principal del amor es el conflicto identificatorio: «La entidad del amor es la identidad del sujeto».

El amor: Una locura que resulta necesaria para evitar la otra. Locura para estar cabal, que es como decir que se posee identidad. Para ser uno mismo hay que amar. Sin amor no se obtiene la identidad y se enloquece. Paradójicamente, como lo es todo cuanto concierne al amor, para ser uno mismo hay que alienarse, enajenarse, enloquecer en el otro, es decir, amar. Sólo saliendo «fuera de sí» puede obtenerse el sí mismo de la identidad.

La primera muestra de afecto tiene ya que ver con la identidad: «Originalmente, en la fase primitiva de la libido oral del individuo, no es posible diferenciar la carga de objeto de la identificación (FREUD en «El Yo y el Ello»)). El individuo se convierte en la historia de sus objetos amados, la crónica de sus identificaciones.

¿Condenado al plagio?

3. CREACION.

El amor no es un simple plagio, sino creación. La identidad es un fenómeno creativo en el que se crea para evitar enloquecer. Hay que crear un vínculo con el otro, pero un vínculo propio y personal, un vínculo otro que el primitivo e incestuoso, uno que no venga dado como el de la madre, sino que surja creado por el sujeto mismo.

Si se sostiene un amor-creación, ¿dónde queda desplazado el amor-pulsión? ¿Dónde la necesidad de copular del antropólogo, el ansión de amontonarse del plebeyo?

Aquí hablo de un amor sexual y pulsional, pero al tiempo transpulsional y creativo, al que no agota el esquema de la pulsión.

Si «el amor es la gran X del psicoanálisis» (LACAN) el reto descansa en hablar del amor sin traicionar al psicoanálisis en sus principios fundamentales: el inconsciente, la extensión de la sexualidad, el complejo de Edipo. El escollo es defender una creación transpulsional sin caer en los errores de una libido desexualizada o por recortes (ADLER) o por inflación (JUNG). Una teoría de las pulsiones será insoslayable.

4. TRINOMIO.

El amor queda enfocado en un eje tripartito: locura-identidad-creación.

5. SABER.

El amor mueve el cosmos, el sol, las estrellas, los hombres. Del amor como de todo fundamento hay que saber. Nada hay más teórico que el amor, e

irónicamente acostumbra ser de lo que menos sabemos. Algunos dicen que sólo es práctica o que lo es primero, y se equivocan.

SÓCRATES, el hombre que sólo sabía de su insipiente, el de la docta ignorancia, tiene que someterse a una excepción: «Hago profesión de no saber más cosa que del amor» (PLATÓN, en «El Banquete»). Todos tenemos que saber de los principios, y sabemos de un modo irracional y axiomático. Como para el principio de no contradicción o el de razón suficiente, no hay más justificación que su simple formulación. El amor como principio es de lo único que SÓCRATES no puede dejar de saber. Y lo sabe indirectamente, enajenadoramente, a través del otro. En «El Banquete» habla por boca de Diotime, la mujer de Mantinea, y en Fedro dice haber olvidado quien le transmitió lo que del amor sabe. El amor está alienado en su propio conocimiento. Es de lo que hay que saber y de lo que sólo se sabe desde el otro.

6. ENAMORAMIENTO.

El amor en su conflicto identificatorio es un drama. El drama humano. No hay amor sin riesgo, sin tragedia o sufrimiento: «Los goces del amor están en razón directa del temor» (STENDHAL).

En socorro de ese riesgo acude el enamoramiento. Dire el refrán que «el enamorado no está loco pero le falta poco». Para salir de uno mismo, para amar, para enajenarse en el otro viene en auxilio la locura aguda del enamoramiento, el amor-pasión. Ese estado hipertímico, idealizador, psicótico y delirante nos ayuda a amar. Enamo-

rarse en tomar carrerilla, lograr impulso para salir fuera de sí frenéticamente y así llegar a ser uno mismo. Cuanto mayor es el temor de amar, más llamativo es el flechazo. La joven virgen, trémula y sofocada, cae en brazos del libertino. Con el profesional del amor, con el calavera, intentará superar todos los obstáculos de un solo salto.

En el enamoramiento se persigue la inmunidad ante el peligro, la vacuna contra el mal del amor. Quien se pierde en el otro se salvará.

Pero ante el enamoramiento unos no se atreven y nunca se enamoran; otros lo disfrazan enamorándose de lo imposible y ausente; otros nunca cuajan, nunca sueldan un vínculo y viven una rueda de enamoramientos, tan sólo aman para enamorarse, sólo coleccionan amores y no amor.

7. CASTIGO.

El amor proviene de un castigo de los dioses, dice ARISTÓFANES en «El Banquete». Los hombres se componían de dos sexos, cuatro brazos, dos cabezas... «Sus cuerpos eran robustos y vigorosos y sus ánimos esforzados, lo que les inspiró la osadía de subir hasta el cielo y combatir contra los dioses». Zeus, en peligro (como el dios de SCHREBER y el dios de los judíos), decide cortar a los hombres en dos «como quien corta un huevo con una crín». Les debilita, les gira la cabeza para que ante la cicatriz nunca olviden la condena y duplicando su número dobla las ofrendas. Amor es, entonces, el intento de volver a unirse y recuperar el antiguo estado.

Lo que del mito me interesa es que Zeus anuncia un nuevo castigo a los

no escarmentados, repetir el corte en dos como enmienda definitiva. Ese es el psicótico, el que ya no puede amar y re-unirse, el condenado a andar a pìpìricojo, a ofrecer un rostro de perfil y una imagen de bajorrelieve (PLATÓN). Tras la sanción del amor el merecido de la locura. El psicótico, incapaz de alienarse en otro, imposibilitado para amar como solución, hace de sí mismo diversos otros, se reproduce por partenogénesis y se harta de hacer el amor consigo mismo.

8. PRIVILEGIO.

Ser idéntico a uno mismo merced a la alienación de salir fuera de sí, eso vengo diciendo que es el amor.

Pero si amores hay muchos: fraterno, social, divino, etc., tan sólo uno es garantía de identidad y, por ello, constitutivamente nuclear en el círculo diaspórico del amor. Ese centro es un amor privilegiador y físico. La posibilidad de acceder al ámbito del amor «total», no parcial, no narcisístico y, con ello, a la identidad más plena, reside en que en algún momento se ame un objeto elegido de modo privilegian-te que le distinga del resto de los objetos y que, vistiéndole de alguna exclusividad, quede circunscrito en una categoría de dualidad. Este amor es el que contiene la salida del marco incestuoso, el que compensa la renuncia edípica, y el que creando un vínculo alienante propio, posibilita emerger de la difusa identidad familiar a la identidad personal y extraedípica. Se renuncia a la madre sustituyéndola por otro objeto, este sí prioritariamente de uno más que del resto, y en ese objeto se deberá encontrar lo negado con la madre, la relación genital. Sobre este

objeto privilegiado y sexual gira el movimiento dinámico principal del amor, en cuya tensión se asciende a la identidad y a la posibilidad de amor «total».

MONOGAMIA-POLIGAMIA.

Si la experiencia con el objeto amado de modo privilegiado y físico es la condición de posibilidad de la solución edípica y de la completud identificatoria, no es por ello un modelo sino una vía obligatoria de paso. Las soluciones serán diversas y más adelante analizadas, pero sólo pasando por ese túnel, o entrando en él sin necesidad de ir más allá, es posible salir del Edipo a la luz.

La relación privilegiada y física exige un tiempo mínimo para ser real («auténtica»). ¡Allá quien se arriesgue a darle una medida! Sólo cabe saber que justo detrás de ese límite óptimo o suficiente (WINNICOTT), se reinstaura la dura dialéctica: amor a uno sobre los demás o a muchos y por igual; amor a uno y con exclusividad o a uno y con infidelidad.

S. JUAN DE LA CRUZ marca una pauta en sus «Instrucciones y Cautelas»: «La primera cautela contra el mundo es que acerca de todas las personas tengas igualdad de amor... No ames más a una persona que a otra porque errarás». PLATÓN por boca de SOCRATES nos anuncia que el amor a muchos es la superación del amor a uno. En el Fedro, en polémica con Lisias sobre los males del enamoramiento, SOCRATES nos recomienda «amar a los manebos con filosofía». Cautelas sexuales quizá en SAN JUAN y posible temor de obcecación amorosa y error en PLATÓN.

El conflicto es insoluble para el ser humano, la tensión constante, la dialéctica fundante.

En la monogamia se aúnan las fuerzas que nos hacen pasar por el túnel extraedípico de privilegiación-exclusividad, con los intereses de estabilidad ético-social de nuestra sociedad y con la seguridad personal ante el temor de perder el objeto amado. Los que se inclinan hacia este polo monogámico, sienten una connotación temerosa de incesto, de revolución como intercambio de parejas, de soledad y suicidio.

En el otro polo se asienta la poligamia, la promiscuidad, la infidelidad, el adulterio. En la poligamia subyace también la tendencia creadora del amor, que puede focalizar su trabajo (ERICH FROMM) no en un solo objeto sino en la recreación de sucesivos objetos en un Sísifo permanente. Sísifo, hay que recordarlo, no es sólo repetición, sino que viene de sabio. Quien fije el tiempo «suficiente» podrá también acotar el número «suficiente». En la poligamia se refugia la amenaza que origina el objeto amado con la insatisfacción natural del amor, que va desde el desencanto postenamorado a la insatisfacción narcisística estructural. Está también el divertimento, el placer físico, el gusto por la conquista. El amor, a la postre, aunque dual, resulta inevitablemente entre tres. El amor es entre tres porque el núcleo edípico introduce una célula triangular. Triángulo que va desde la normalidad de los celos (requisito del buen amor), a ese tercero que caracteriza la sexualidad del perverso, su gusto por los espejos y el «espectador anónimo» (Joyce MCDUGALL). Adán y Eva, solos y sin posibilidad trianguladora, originan un engendro: Caín. Sólo la pre-

sencia tercera de éste posibilita a Abel.

Los celos como requisito del amor, dan muestra de la inseguridad y desconfianza inelectable, del guardacostas paranoico. Del amor siempre hay que dar prueba.

10. ENGAÑO.

El amor es un espacio de alienación. No sólo se aliena uno mismo sino que se busca alienar. El amor resulta el lugar del engaño por excelencia. Es el medio de la fascinación y la astucia, de la impostura, el bebedizo y el flirteo. El tenorio, el amor cortés y galante lo escenifican: «Que mejor manera de asegurarse en el punto en que uno se engaña, que persuadir al otro de la verdad de lo que se admite» (LACAN). Oportunidad para la seducción.

Pero el amor, y de nuevo la paradoja, es el lugar de la verdad, la sinceridad y el conocimiento. «Debemos amar al prójimo de un modo inteligente pues un amor no inteligente le hará, tal vez, más daño que el odio» (HEGEL). Sin verdad y autenticidad no hay amor.

11. SECRETO.

El secreto acompaña al amor como garantía de verdad. «Amor divulgado pronto terminado», dice STENDHAL. La identidad descansa en un núcleo incomunicado (WINNICOTT). La alienación del amor tiene un límite y el secreto que dibuja la frontera es el aval de que el amor va por el camino del compromiso y la autenticidad. Por ello el amor es un ámbito de reserva y conquisista, de dilación y virginidad. El

amor requiere negar algo. La rendición alienadora pronta, indicará más una advertencia de inconsistencia, de flojera consentidora, que un síntoma de fortaleza. Así hasta el límite nuclear. El amor-creación exige esfuerzo frente a la resistencia de lo reservado, labor en la que hay un extremo de vagancia y otro donde el operario del amor trabajar a destajo, ignorando que en esas materias no hay tanto alzado.

II. FUERZA.

12. PULSIONES.

Es el momento de preguntarse por la energía que impulsa al amor. Ocasión para las hipótesis más inestables y punto de repercusiones de largo aliento. FREUD en el caso Schreber sentencia que las claves del futuro están en una teoría de los instintos suficientemente afirmada.

El recurso filosófico, pese a sus celos positivistas no asusta a FREUD. En «Las pulsiones y sus destinos» nos indica que las hipótesis sobre las pulsiones deben tomarse de campos exteriores a la psicología. En «Análisis terminable e interminable» alude a la necesidad en ciertos momentos de recurrir a las brujas y afirma que «sin una especulación y ciertas teorizaciones —casi diría fantasías— metafísicas, no daremos otro paso adelante».

13. SEXUALIDAD.

Interrogarse por la fuerza del amor suscita la cuestión sexual. Aquí planteo una sexualidad universal en todo

el ámbito del amor, pero un amor que va más allá y trasciende lo sexual. Algo que, en definitiva, coincide con lo que, después de FREUD, nos dice el sentido común.

A FREUD no le acaba de gustar el tema. A menudo habla indistintamente de libido, sexo, amor o investimento. Se mueve preso en el compromiso de mantener la especificidad de lo sexual extendiéndose por toda la vida psíquica, su descubrimiento, y no caer en el pansexualismo junguiano. En «Las pulsiones y sus destinos» dice: «No puede dudarse de la íntima relación entre estos dos contrarios sentimentales/amor-odio/ y la vida sexual, pero hemos de resistirnos a considerar el amor como un particular instinto parcial de la sexualidad. Preferimos ver en él la expresión de la tendencia sexual total, pero tampoco acaba esto de satisfacernos y no sabemos como representarnos la antítesis material de esta tendencia». En «Psicología de las masas y análisis del Yo» parece haber precisado más su opinión: «Designamos como libido la energía de las pulsiones relacionada con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor... el nódulo de lo que nosotros llamamos amor se halla constituido, naturalmente, por lo que en general se designa con tal palabra y es cantado por los poetas: esto es el amor sexual, cuyo último fin es la cópula sexual».

Que el sexo coincida en su extensión con el amor, no provoca objeción, que constituya su nódulo es lo sujeto a discusión.

Lo sexual rezuma allí donde hay amor y en general impregna toda la vida psíquica. A su vez donde hay una gota de sexo comparece el amor, pues la relación de objeto está presen-

te, explícita o implícitamente, en toda manifestación sexual. Desde la masturbación solitaria al orgasmo prostibular, el amor está puesto en cuestión.

Vengo a defender un amor que trasciende lo sexual mientras este lo invade, y lo trasciende en tanto no se conforma con el modelo pulsional freudiano, sino que inserta el amor en el trinomio locura-creación-IDENTIDAD.

14. SUBLIMACION.

El fracaso de la lectura sexual del amor luce en el tema de la sublimación. FREUD recurre a ella cuando siente algún aprieto, pero en su teorización resbala. Como una espina en la encrucijada metapsicológica del amor y la sexualidad con las sucesivas teorizaciones sobre la pulsión, FREUD acabó anunciando un estudio sobre la sublimación que nunca llegó.

La sublimación, «esa cuestión irritante» (LAPLANCHE), comienza siendo una pulsión coartada en su fin para ir adquiriendo mayor envergadura según se complejiza la metapsicología. Es un momento relevante cuando en la «Introducción al narcisismo» las pulsiones sexuales y de conservación se aproximan al monismo. Allí nos dice: «Las primeras satisfacciones sexuales, autoeróticas, son vividas en relación con funciones vitales destinadas a la conservación. Los instintos sexuales se APOYAN al principio en la satisfacción de los instintos del Yo y sólo ulteriormente se hacen independientes de estos mismos». Ese apoyo, apuntalamiento o anaclisis es el puente sublimatorio. La cuestión es conocer hasta dónde debe entenderse esa

«independencia» posterior de lo sexual, si permanece de modo natural y hay que considerar que toda comunicación o drenaje sublimatorio es defensivo. El concepto de defensa se coloca así en el primer plano.

En «Psicología de masa y análisis del Yo», FREUD, tornándola necesaria para que el amor perdure, da un nuevo matiz a la función sublimatoria: «El amor sexual está condenado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado desde un principio a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transformación de este género». En «El Yo y el Ello», sublimación e idealización se aproximan frente a la separación mantenida en la «introducción al narcisismo», siendo la sublimación ahora la vía de la idealización que acompaña a toda identificación. La identidad va obligatoriamente asistida de libido desexualizada. Este carácter natural se opone enseguida a otro defensivo que se desprende de la liberación de carga agresiva que acompaña a todo fenómeno de identificación-sublimación, y que al quedar desligada constituye un capital potencialmente patógeno.

En esas dificultades entre sexo, amor, pulsiones del yo, desexualización como conquista cultural y desexualización como represión patológica, ensaya FREUD sus pinitos de equilibrista. El concepto de sublimación se convierte en un escudo protector para mantener su descubrimiento en el cauce de la sexualidad. Cuando la fisonomía de ésta ya no se distingue, y especialmente si quien la difumina no es él sino algún discípulo díscolo, un volantazo, un testimonio de subli-

mación, devuelve las cosas a su punto de origen libidinal-sexual.

15. DUALISMO-MONISMO.

FREUD parte de la oposición entre instintos sexuales e instintos de conservación. El dualismo resulta para él un requisito imprescindible. En «Introducción al narcisismo», cogido en su propia contradicción entre el recorte y la inflación sexual, libidiniza también el yo y pasa a distinguir una libido de objeto y otra del yo. En ningún texto como en éste, se ve a FREUD más tenso y comprometido. En su curva asintótica se aproxima al monismo como lo hará más adelante en «El Yo y el Ello».

En «Más allá del principio del placer» resuelve los obstáculos anteriores oponiendo al eros el instinto de muerte. Antes, en «Pulsiones y sus destinos», ya había contrapuesto amor y odio aunque no con categoría de instintos sino como cualificación de la relación objetal. Ya se apunta la necesidad de separar amor y odio en dos polos, siempre emparejados pero intrínsecamente diferentes.

Dos razones apunto para justificar el tesón de FREUD en este asunto: uno el valor del dualismo en la polémica discipular; otro la posibilidad de mantener un amor puro, desprovisto de agresividad, que pueda asegurarle la aconflictividad de la relación materna. En ambos casos, dos razones transferenciales.

En «El Yo y el Ello» la muerte se configura como la meta de la vida. El final es confundido con el fin y toda pulsión se caracterizará por su tendencia a la repetición, al retorno a lo inorgánico. De nuevo ante el peligro

monista. Con claridad advierte que, por su ampliación del eros, aglutinando lo sexual y lo conservador, no se le debe confundir con JUNG, pues es «más dualista que nunca». Pero realmente al subordinar el sexo al principio de repetición se asoma al riesgo monista: el eros se subordina a la aspiración por «la quietud en el mundo inorgánico» y al principio de conservación sólo le resta oponerse por «querer morir a su manera». Más adelante, en «El problema económico del masoquismo», rectifica tajantemente y dirá que «esta hipótesis no puede ser cierta»; el principio de placer no puede estar al servicio del principio de muerte. Pero tanto en «Análisis terminable e interminable» como en el «Esquema del psicoanálisis» vuelve a insistir en el predominio del principio de muerte.

El monismo aún le amenaza con otra versión, la que plantea la relación amor-odio. En «El Yo y el Ello» tras advertir que «el odio es el compañero inseparable del amor» le asusta la unión casi monista y dice: «...si esta transformación/de amor y odio/es ALGO MAS que una simple sucesión temporal faltará toda base para establecer una diferenciación tan fundamental como la de instintos de vida e instintos de muerte, diferenciación que supone la existencia de procesos fisiológicos de signo opuesto». No puede admitir la mezcla, son distintos que su suceden o simultanean. Para evitarlo recurre al argumento cuantitativo. Lo que ha sucedido en la transformación, dice, es el corrimiento de una carga «de energía desplazable e indiferente» desde una pulsión a otra. Sólo se desplaza la carga («indiferente»), mientras el amor y el odio quedan bien separados y diferentes. Esta carga que se saca de la manga es una

habilidad que ya utilizó para teorizar sobre el inconsciente en su artículo sobre la represión. La carga proveniría de un «eros desexualizado» con lo que comprobamos, de una parte, que pese al neodualismo recién estrenado en cuanto se ve en peligro retorna al eros originario, y por otra que un molesto destino monista vuelve a atacarle ahora en forma de «carga indiferente». Sólo le cabe argumentar con rabia que el instinto opuesto también está presente pero sucede que «el instinto de muerte es mudo». El instinto de muerte permanece así aconflictivo, mientras que se observa cómo tras los cambios de teoría pulsional el conflicto sigue centrado entre las pulsiones sexuales y las de conservación. Ese mutismo del instinto de muerte no puede ser ajeno a la curiosa solución de este problema, como tampoco lo será esa enigmática afirmación freudiana de que no existe representación inconsciente de nuestra propia muerte.

Esta tercera hipótesis que califica de más dudosa que las anteriores (extensión del concepto de sexualidad y establecimiento del narcisismo) nos lleva a una alternativa al problema. El monismo o dualismo es un falso problema. FREUD se encuentra ante un descubrimiento esencialmente dialéctico y unos instrumentos que no lo son. Su arsenal teórico es fisicalista-asociacionista-atomista-empiricista-hidráulico-maquinista. La dialectización le resulta difícil. En una mirada retrospectiva encuentra un precursor en EMPEDOCLES. El amor y la discordia se oponen como principios dinámicos del universo que conservan su separación e independencia. Precedente dualístico que culminará, después de él, en el realismo kleiniano, donde la

hipótesis teórica se materializa e hipostatiza.

Diferencias externas:
simples.
oposición de contrarios.
oposición de negación.

Diferencias internas:
autocontradicción.

Del esquema de las diferencias, FREUD sólo dialectiza, empíricamente, con las diferencias por oposición de contrarios (en la oposición de negación lo opuesto a la vida no es la muerte sino la no-vida). FREUD no dialectiza con la autocontradicción. Esta permite siempre jerarquizar sobre un principio primero único, una pulsión primera que inmediatamente puede desdoblarse en sus opuestos negativos o contrarios. Opuestos que con idéntica facilidad pueden volverse a unificar. El ejemplo de ANAXAGORAS nos puede servir de contrapeso autocontradictorio frente al hombre de Agrigento. Para ANAXAGORAS «los seres no están en este mundo separados uno del otro o separados como por un hacha, ni caliente ni frío, ni frío ni caliente».

No hay que olvidar que tanto EMPEDOCLES como ANAXAGORAS intentan conciliar PARMENIDES con HERACLITO. Para el primero lo que «es» es «uno» y nada proviene del no ser. Para el segundo todo se mueve y el ser y no ser coinciden. La conclusión de ANAXAGORAS es ésta: «No se puede existir separadamente, sino que todas las cosas participan en una posición del todo». Todo está en la unidad y pese a ello, es diferente.

Lo autocontradictorio autoriza a considerar una única fuerza primera, la vital, que se extiende entre dos extremos, el suelo de la conservación y el techo del amor-creación. Sin crear,

sin amar no hay garantía de conservación, y sin conservar lo amado (introyección e identidad) no hay posibilidad de seguir amando. A esa dialéctica se superpone la unidad creación-destrucción. Para crear hay que destruir (WINNICOTT). El eco-sistema se regenera en la destrucción. La muerte no es enemigo de la vida sino su constituyente y su posibilidad y, en todo caso, sólo lo es de la vida individual (MORIN). El animal no enloquece porque no puede amar, pero el predador se aliena en su presa, es decir en su propia sobrevivencia destructora, como el hombre hace sobrevivir su identidad amando alienadoramente al otro.

La muerte no es una pulsión en sí, ni algo secundario a la frustración (BALINT), ni la energía libre, no ligada que dice LAPLANCHE tendería a la descarga absoluta (nirvana o muerte). La muerte es el constituyente autocontradictorio de lo vital. La destrucción acontece en la creación de modo natural y se dispara ante la imposibilidad de crear. Son los impedimentos del amor los que crean la muerte psicológica y la destructividad negativa. Sólo la integración, el equilibrio tenso y dinámico en esa dialéctica de conservación-creación es lo que garantiza el mínimo de destrucción.

En ese arco dialéctico la sexualidad habita cada rincón, siendo inquilino habitual de la conservación, la creación y la muerte. Pero la sexualidad se acomoda al esquema pulsional freudiano.

16. MAS ALLA DE LA PULSION: DISIPACION.

Estamos frente a dos esquemas, el de la esfera sexual-pulsional que res-

ponde al principio del placer y a la descarga, y el de conservación-creación, esfera del amor-identidad-alienación.

LACAN dice que «todo lo que se dice del amor se dirige a acentuar que para concebir el amor hay que referirse necesariamente a otra clase de estructura distinta a la de la pulsión». Esa estructura puede estar en la superación del modelo homeostático pulsional.

FREUD se formó en el juramento de BRÜCKE en cuyo seno y frente a una filosofía postkantiana de la naturaleza, todo lo psíquico debía ser reducido a fuerzas físico-químicas. FECHNER y su principio de constancia son el modelo. El Ello y las pulsiones se guían del principio del placer, y a este le caracteriza la tendencia a la descarga y a la estabilidad. La homeostasis es el instinto de la pulsión.

El asunto creó serios problemas a FREUD. Uno, ya señalado, circunscrito al hecho de la transitoriedad del principio del placer que marca un tiempo de duración limitado a la descarga. De ahí la necesidad de que el amor se «apoyase» en los instintos de conservación, en sí mismos ajenos al funcionamiento del placer. Otro, también aludido, referente a la dependencia última del principio de placer al instinto de muerte, con el retorno correspondiente a la quietud inorgánica. Y el placer no parece poder coincidir con la descarga a cero, pues ese es el pseudoplacer del toxicómano y su carga letal nirvánica. A FREUD se le torna estrecho el carácter cuantitativo de la homeostasis y ensaya una solución cualitativa: «No nos parecen enlazarse/el placer-displacer/a este factor cuantitativo, sino a ciertos caracteres del mismo de indudable naturaleza cualitativa. Habríamos avanzado

mucho en psicología si pudiéramos indicar cual es ese carácter cualitativo. Quizá sea el ritmo, el orden temporal de las modificaciones de los aumentos y disminuciones de la cantidad de libido».

Sea como fuere, operativamente es la homeostasis, el equilibrio del segundo principio de la termodinámica, que FECHNER incorpora en su «constancia», el que domina la pulsión y el principio de placer. Al Ello le interesa la descarga. Lo cuantitativo, los «ejércitos poderosos» siguen siendo lo importante en la óptica freudiana.

El amor, en cuanto que función vital creadora-identificadora no es asimilable al esquema homeostático. Lo vital no queda reducido a la entropía, donde el sistema cerrado tiende al máximo de uniformidad, mínimo de organización y máximo de desorden. En un sistema abierto, en una termodinámica abierta, la entropía general se negativiza, aumenta el orden, la creación, la organización, la diferencia. Es una entropía organizadora y, por ello, contradictoria, que se constituye en «estructuras disipativas» (PRIGOGINE).

El crecimiento de la entropía sólo servía para una termodinámica local. La pulsión puede responder a ella como un sistema cerrado, recargado desde fuera, que retorna continuamente al equilibrio irreversible y precisa nueva carga exterior. El amor, la creatividad, es un sistema abierto, nunca equilibrado, disipativo, en interacción con el todo vital, no individual sino abierto en tanto que alienado. Los procesos irreversibles no cierran el sistema.

Cada individuo es un bucle recursivo, retroactivo y permanentemente retroalimentado.

En este modelo transpulsional es donde el amor puede encontrar su estructura energética.

El pesimismo histórico freudiano no está lejos de su hipótesis pulsional. «Nadie ha podido demostrar aún la existencia de un instinto general de superevolución en el mundo animal y vegetal», nos dice en «Análisis terminable e interminable». Las «estructuras disipativas», en cambio, parecen poseer un capital intrínsecamente positivo. De la inclinación por uno u otro no haré cuestión aquí, pero si algún optimismo humano cabe, no puede andar distante del amor. De momento no parece haber mejor potencial de selección para nuestra especie que ese que en él descansa.

III. ESCENARIO.

17. ESCENARIO.

No hay más escenario para el amor que el del complejo de Edipo. Escenario en penumbra, pues en la propia naturaleza del complejo está su ocultación. Como la verdad, y es mi verdad y la de todos, permanentemente retrocede.

La escena edípica es terminante: toda relación amorosa será inconciliablemente conflictiva, y el conflicto original y nuclear es siempre entre tres que se aman o lo pretenden, el deseo de y por la madre con su prohibición, el deseo de y por el padre con idéntica prohibición.

18. LAGUNAS.

La explicación freudiana tiene cinco lagunas. Cinco escollos ahí donde el

propio autor valoró con acierto «que si el psicoanálisis sólo hubiera descubierto el complejo de Edipo, sólo por ello merecería pasar a la historia de la humanidad».

18.1 FREUD descubre la existencia empírica del complejo y analiza sus consecuencias, pero no hay una explicación de su origen y necesidad salvo la mítica del tabú del incesto y su interiorización.

18.2 FREUD sabe siempre la solución: tabú del incesto y heterosexualidad, la anticipa siempre, sin preguntarse por qué esa solución «normal» y no otra.

18.3 FREUD sólo aprecia relevancia de lo preedípico en la mujer. Ante el complejo de Edipo femenino una cortina oculta a FREUD.

La niña comienza amando a la madre pero la abandona:

- a) Por celos.
- b) Por imposibilidad. Se la deja de amar igual que se caen los dientes de leche «que por fuerza deben perecer».
- c) Por resentimiento tras impedir la masturbarse.
- d) Por reproches ya que no la han dado un pene.

La niña, al percibir su castración, inicia la represión de su masculinidad primitiva y, con ella, comienza el complejo de Edipo, allí donde en el varón termina. La niña traslada su amor al padre y se identifica con la madre, pero para su desgracia al padre también ha de renunciar. En la mujer hay dos renunciaciones por una del varón. Por ello FREUD descarta el término de complejo de Electra y dice en «La sexualidad femenina»: «Después de todo hace ya tiempo que hemos renunciado a toda esperanza de hallar un paralelismo pu-

ro y simple entre el desarrollo sexual masculino y femenino». Necesitado de solución la encuentra en sostener «que la fase predípica de la mujer adquiere una importancia que hasta ahora no se le había asignado». Esa fase, dice, es mucho más importante en la mujer que en el hombre, y en su gusto por la metáfora arqueológica nos sitúa en la importancia del descubrimiento de la civilización minoico-micénica, como forma de cultura anterior a la griega.

Lo preedípico se constituye en diferencia entre el varón y la hembra, y resulta sorprendente que se circunscriba sobre el objeto de renuncia común para ambos sexos, la madre, cuando en buena lógica freudiana la diferencia debería apuntar al objeto diferencial de la segunda renuncia, el padre, el no deseado por el varón. La justificación de FREUD descansa en la necesidad de que el varón mantenga intacta su relación con la madre: «porque puede resolver su ambivalencia contra la madre transfiriendo toda la hostilidad al padre». Esta es su solución que califica de «rápida», e indudablemente en la velocidad revela su inconsciente. Una vez más la relación con la madre se nos presenta limpia y aconflictiva. Después, con más serenidad, anuncia futuro en el estudio de la fase preedípica del varón.

18.4. La única posibilidad para la mujer es la castración. A la mujer no la basta, para que el complejo de Edipo «naufraque», con reprimir su deseo como en el varón. Su destino es reprimir el componente masculino y aceptar la castración. Esa masculinidad, dice en «Las pulsiones y sus destinos», «sucumbe a los tempestuosos procesos de represión cuyo éxito, como tantas veces se ha demostrado, deter-

mina el logro de la feminidad de la mujer».

Queda así perfilada una mujer masculinizante reprimida y reconocidamente castrada. La mujer «reconoce el hecho de su castración y, con ello, también la superioridad del hombre y su propia inferioridad... el complejo de Edipo escapa a las poderosas influencias que tienden a destruirle en el hombre, al punto que con harta frecuencia la mujer nunca llega a superarle» («La sexualidad femenina»). La mujer condenada a la envidia del pene.

En buena lógica freudiana no cabía otra solución, pues así como el varón reprime su deseo y resuelve el Edipo, la mujer sólo puede reprimir la masculinidad pero no la castración, cuyo vigor empírico exigiría renegación y este mecanismo acarrea un costo tan elevado que no es resolutivo.

18.5. La única solución freudiana «normal» es la identificación y, en concreto, la identificación a UNO de los padres, y esto pese a admitir «que el complejo de Edipo simple no es, ni con mucho, el más frecuente y, en efecto, una investigación más penetrante nos descubre casi siempre el complejo de Edipo completo, que es un complejo doble, positivo y negativo» («El Yo y el Ello»). En la práctica y aunque «se combinen las cuatro tendencias integrantes», la solución freudiana es UNA identificación. FREUD ya observó en este resultado alguna incongruencia: «Estas identificaciones no corresponden a nuestras esperanzas, pues no introducen en el yo el objeto abandonado» («El Yo y el Ello»).

La identificación unitaria final debe ser interrogada.

19. HORROR.

La prohibición del incesto no precisa ni explicación mítica ni sociológica. Ni horda primitiva y asesinato del padre, ni intercambio de mujeres. Explicación psicológica y simple. Si la locura se combate con identidad, y ésta se edifica en el amor, en un amor creativo, privilegiador y exclusivista en algún momento, la única posibilidad es amar algo nuevo para el individuo, un objeto otro que la madre que queda prohibida. La prohibición de incestar es la garantía natural de la no locura. Dicho a la pata llana: si incestas te vuelves loco. De hecho sólo el psicótico, carente de identidad, incesta con la madre. El incesto con la madre es la prohibición primera, única regla sin excepción en todas las culturas. Antes se autoriza matar que incestar, antes asesinar que volver al cesto.

El horror del incesto es el horror de la psicosis.

20. OTRO-OTRO.

Al hijo se le niega el privilegio paterno: «Como tu padre has de ser, como tu padre no has de ser» («El Yo y el Ello»). Amarás a tu padre y a tu madre pero no como yo, te dicen. El amor creativo, el amor identificador, nace de esa renuncia. Renuncia de exclusividad de la madre, respeto del privilegio del padre y del derecho de los hermanos a compartir. Renuncia y compartir estarán ya constitutivamente en la esencia del amor, pero por encima de ellos el amor-creación, el amor privilegiador en ese otro-otro que no es la madre. Desde entonces todo amor tiene algo de revancha, de exhibición ante los padres del amor conquistado.

El que quiere «ser» debe «dejar a su padre y a su madre», abandonar cuanto tiene, «perderse a sí mismo» y seguir a otro-otro hasta el Amor.

21. ALTERNATIVA.

Al renunciar a los padres se evita «ser ellos» aunque se sea «como ellos».

El niño «perverso-polimorfo» tiene relaciones físicas y sexuales con la madre, todas menos una, la más completa y desperversizada, y esa una es la que le permitirá recrear y vivir su vida, la que debe ir a buscar a otra parte. Las especies buscan la novedad como modo de subsistencia (MORIN), el individuo como modo de identidad.

Hay que preguntarse si ese privilegio negado podría ser otro, si es concebible o no un tabú diferente al incesto y que ocupara su lugar.

Ningún privilegio paterno parece tan susceptible de prohibición como éste, ninguna otra expresión de amor parece concebible que la madre niegue al niño, pero esto puede ser una petición de principio, una lectura condicionada por nuestro tabú actual y fáctico. Menos sujeto a duda resulta que lo vedado sea aquello mismo que nos originó, que lo menos nuestro sea la relación genital paterna de la que materialmente provenimos. Tampoco parece dudoso que el incesto con la madre sea la mayor repetición, el retorno más absoluto después del inorgánico, es decir, lo más anti-creativo y anti-identificadorio. La ilicitud que proviene del peligro sexual, que embaraza, infecta y viola resulta secundaria.

No parece existir alternativa en la interdicción. El deseo de SADE parece fuera de nuestro horizonte: «Me atre-

vo a asegurar que el incesto debería ser la ley en todo gobierno en el que la fraternidad es la base».

22. CASTIDAD.

Al ser lo genital aquello negado es precisamente lo que hay que ir a buscar en el otro-otro, en el amor-alienación. De ahí la necesidad de sexualizar el amor. La privilegiación tiende a materializarse en lo sexual por ser lo sexual lo primitivamente inaccesible. El amor casto se torna peligroso por incompleto, inclinado por ello al riesgo narcisizador.

23. CASTRACION.

El temor del complejo de Edipo es el de castración. La castración era el final o el comienzo del complejo, y su represión esa solución tan particular que es naufragio.

La castración en FREUD lo es del pene y siempre es un temor o una desgracia, nunca un requisito.

Vamos a otra óptica donde las castraciones, siendo varias, sean los sucesivos procesos necesarios de incompletud y diferenciación que conducen a la identidad. Castraciones necesarias para impedir la castración final, la no-identidad, la fragmentación y la locura.

Tres castraciones y el número no es arbitrario. En la castración cero el individuo nace como tal en su separación del objeto. Como distinto de la madre y de la realidad accede a sus posibilidades individuales. Como el cero es la condición de posibilidades individuales. Como el cero es la condición de posibilidad de los números naturales,

el cero de la castración lo es del resto de los procesos que nutren nuestra identidad. La castración cero es el momento de la «posición depresiva», tan poco ajena a nuestro tema que WINNICOT equipara su descubrimiento al del complejo de Edipo.

Tras la castración fundante las dos siguientes, que no separo en el tiempo sino en el concepto.

24. CASTRACION PRIMERA.

En la castración primera el sujeto accede a la calidad de sexuado, no aún al género, masculino o femenino, que será corolario de la segunda castración. En la castración primera se pierde la omnipotencia, la aspiración a un deseo satisfecho y completo. El sujeto se hace consciente de su incompletud y su insatisfacción definitiva. En esa renuncia al ideal el individuo queda sexuado, es decir castrado, definitivamente insatisfecho y requeridor del otro. Hasta entonces los deseos no eran tales, sino aspiraciones marcadas por la posibilidad y el goce plenos.

La castración primera es común al hombre y a la mujer, ambos acceden a la sexualidad de modo idéntico, sin disparidad en el momento preedípico.

Asumiendo la castración el ser humano adquiere conciencia de su carácter criatural, insuficiente, alienado en su origen e indefinidamente gano-so y anhelante.

FREUD se pregunta en «La sexualidad femenina»: «¿qué es, en suma, lo que la niña pretende de la madre?». Lo mismo que el niño, la solución omnipotente, la no renuncia, salvar el trago de la castración y permanecer fálicos.

25. PUDOR.

La castración primera es el pecado original. Adán y Eva comen del árbol del Bien y del Mal despertando en ese instante su deseo. Se vuelven conscientes de su criaturalidad, constatan la insuficiencia sobre sus propias diferencias y aflora el pudor, por lo que «cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores». Si en el pecado fueron ingenuos ahora «ya se les abrieron los ojos» y saben orientar sus deseos. Dios les expulsa porque sabiendo lo que quieren se instaura el riesgo de que «alarguen la mano», coman del árbol de la Vida y sean como dioses.

26. DESNUDEZ.

El pudor castrativo condiciona que el estado natural del hombre sea vestido. Siempre hay que cubrir la carencia. La desnudez es un estado narcisista ignorante de que el desnudo es propiedad del otro. Siempre se desnuda uno para alguien pero nadie sabe desnudarse. Se dice que la mujer nunca acaba de desnudarse y hay que sumar al hombre en ese fatalismo.

27. EL ERROR FALICO.

En la castración primera el sujeto queda sexuado pero aún no hay género ni diferencias genitales. Simplemente se ha franqueado la frontera fálica, el período anterior a la renuncia.

Se ha entendido lo fálico como la «bisexualidad original» pero en sí es el período asexual. Lo fálico como sexo sin riesgo aún no es sexo. El andrógino original es asexual.

Lllamarlo fálico es arrastrar un equívoco en el que colaboro. Fálico, literalmente, es lo masculino y no lo asexual y preedípicamente común. Así lo entendía FREUD: «La organización genital infantil... no admite sino un órgano genital, el masculino para ambos sexos. No admite una primacía genital sino una primacía del falo». Aquí sólo hay un sexo. La mujer es masculina, clitoridea, deseosa de la madre hasta que se torna femenina, vaginal, deseosa del padre. El falo freudiano no es un momento común neutro sino el predominio del macho sobre una mujer condenada a la envidia del pene.

Durante el estadio sádico-anal, dice FREUD, en la mujer coexisten lo masculino y lo femenino (activo y pasivo) mientras que en la organización genital infantil «hay ya masculino pero no femenino; la antítesis aquí es genital masculino o castrado». Lo que entiendo por castración primera no responde a la alternativa masculino o femenino sino a la castración común y genitualmente indiferenciada.

En la castración primera el deseo surge cuando el niño constata el complejo de Edipo, es decir, que los padres se quieren desde antes y de un modo que no comparten. Hasta entonces el narcisismo colmaba sin dejación de la ilusión incestuosa ni constatación de la muerte. En la castración primera «el ser vivo, al estar sujeto al sexo ha caído bajo el peso de la muerte individual» (LACAN). El deseo ya no conoce clausura ni desenlace: «El amor más exclusivo por una persona es siempre el amor de otra cosa» (PROUST).

28. CASTRACION SEGUNDA.

Si en la castración primera el individuo emergió al sexo y a la diferencia

con el otro, en la segunda se accede a una nueva diferencia a asumir, la del género, la separación entre lo masculino y femenino.

Al ser distintos los géneros lo que se teme es doble, perder lo que se tiene y aún se conserva, o valorar que lo del otro es superior a lo mío. La superación tiene, entonces, dos trayectos: uno, aceptar esa diferencia castrativa con la serenidad de quien no tiene más que perder en ese terreno; otro, asumir que la desemejanza, hombre o mujer, no ha de ser obsesiva volviéndose indiferente a la diferencia.

Si en la castración primera había una igualdad de dificultades, aquí la mujer lo tiene más complicado. Es más peliagudo porque el sexo masculino se inserta pregnante en su osadía anatómica, mientras que el femenino discretamente se oculta. Uno hay que apartarle otro que buscarle. En la dialéctica tenencia-ausencia, la primera tiene una ventaja inicial, un primer momento de dominio. A esa desventaja de la mujer sujeta a la realidad empírica e intuitiva, se añade la realidad social vigente donde lo masculino es dominante y, por ello, sujeto a envidia. La indiferencia es, entonces, costosa para la mujer pero no imposible y la baratura masculina accesible.

29. OPCION AL PERVERSO.

El interrogante ahora se desplaza. La superación de la castración segunda completa la seguridad de lo que se tiene con esa equipotencia de los dos sexos que se desprende de la indiferencia ante lo diferente. Es el momento de transitar a la elección amorosa. El dilema reside en si el sujeto debe ampliar su indiferencia a la elección de

objeto con lo que resulta parejamente asequible la decisión homosexual y heterosexual, o si esa indiferencia no es sino la oportunidad más favorable para que el ser humano busque heterossexualmente en el otro el máximo de diferencias y, por ende, la diferencia sexual. En el primer caso la búsqueda del objeto no se orienta a alienarse en algo diferente que le complete, entendiéndose que cualquier otro objeto ya es suficientemente diferente o bien que aún navegando con el tino de las diferencias, se entienda que lo genital no es relevante, pese a ser lo primero que se nos mira al nacer, sino accesorio como el color de los ojos o las medidas anatómicas. En el segundo caso la diferencia sexual resulta un ingrediente insustituible en el objeto amado, si la alienación-origen-identidad que le define quiere ser valiente y «total».

La suerte del perverso está echada en este dilema. Si del primer caso se trata la solución edípica «normal» no es solamente la identificación monocolor a un solo padre, el del mismo sexo, en cuya ausencia la regeneración es el único destino del homosexual, sino que la homosexualidad tiene las mismas opciones neuróticas que la heterosexualidad. Incluso hay que pensar que, por encima de la homosexualidad, aún monosexual, la bisexualidad suponga mayor conquista en cuanto que más indiferente a la diferencia. En el monosexual, homosexual o heterosexual, aún se conserva repugnancia por uno de los sexos, siendo la repugnancia un correlato de la renegación, mientras que en la bisexualidad se esfuma. Si esto se cumple la homosexualidad no es tan antinatural como anticultural. Las identificaciones se «entrecruzan» hasta en la

solución final, tanto el padre como la madre son objeto de amor y de rechazo, aunque la madre siempre será el primer objeto amado y el padre el primer temido y en consecuencia el primer testimonio del castigo y la ley.

En el segundo caso la condición del homosexual sólo es la renegación perversa, la narcisización objetal. La identidad busca diferencias y la genital le resulta esencial. En estos márgenes la única oportunidad del homosexual es saliendo, al sesgo, hacia lo extraindividual: que la propia sociedad en evolución enriquezca sus propias diferencias merced a estos hoy «diferentes», hasta que el sujeto colectivo acabe imponiendo su patrón al individual. Recordemos que para PLATÓN el amor homosexual entre los hombres ha engendrado lo más bello de la humanidad.

VI. NARCISISMO.

30. NARCISIZAR.

Al ser el campo del amor el de la identidad, su eje es el narcisista. La escala que asciende desde las relaciones parciales hasta la total refleja las diversas vicisitudes del amor. Narcisizar será descender por la escala del desamor, alejarse de ese punto mítico y sólo teóricamente factible que es la relación «total». Se aproxima quien ama alienadoramente y supera las catástrofes castrativas con humillación, renuncia y cierto índice de tristeza que vigila al amor. Y, pese a todo, en posesión de un narcisismo legítimo no se conforma y acaba con todos queriendo ser, más o menos tarde, un poco como Dios.

«El amor es mi peso», dice S. AGUSTIN, y narcisizar es la ingravidez de la identidad liviana y la inflación de sí mismo. El que no ama propende a la idealización y en ella pierde su poder adquisitivo.

31. TE QUIERO-YO TAMBIEN.

«Total» es también la alienación en el otro en un ámbito de simetría y reciprocidad, donde dos se aman «aproximadamente igual». Se ama para que te amen con pareja exclusividad: «Tanto me quieres, tanto te quiero».

32. EL NARCISISTA.

La dimensión narcisista se mide en las castraciones. La irrupción en la castración primera lo es en la problemática de la prohibición del incesto, donde LEVI-STRAUSS localiza la embocadura de la naturaleza en la cultura.

En la castración primera estamos en el círculo clínico del narcisismo, donde, y pese a la artificialidad de toda separación, el acento provoca una entonación preneurótica.

Renunciar, que es aceptar la desidealización propia, reconocer la castración emergiendo al sexo, resulta lejana para el narcisista. Desidealización que sólo es completa si se extiende a las imágenes paternas, evidenciando que los padres son tan edípicos, insuficientes y castrados como uno mismo, constatando que se aman y se necesitan.

Al narcisista sólo le cabe un compromiso con el otro no alienante (en su sentido positivo), no constructivo ni recíproco. Compromiso que adopta dos formas genéricas, o la superficiali-

dad en la multiplicidad o la pseudo-profundidad en la unicidad de la relación. Dos extremos, promiscuidad y unicidad, que responden a la política del narcisismo fiel a la ley extrema del todo o nada: o no castrado o muerto.

En la elección promiscua el individuo sólo es capaz, amorosamente hablando, de enamorar o enamorarse en una cantinela indefinida. En la repetición compulsiva, elude la alienación verdadera y con ella la simetría y el tiempo. En la asimetría esquiva la igualdad y la reciprocidad, intenta seducir, engañar y engañarse mientras se cuestiona como GIDE: «Entre amar y creer que se ama, ¡qué Dios vería la diferencia!». Sobre la dimensión del tiempo intenta enajenarse en la atemporalidad. Igual que ese «tiempo óptimo» de presencia materna que precisa la atención amorosa del niño, el buen amor exige un tiempo que el narcisista acorta y amputa. Negando el tiempo niega la castración.

El promiscuo tiene dos fenomenologías prototípicas, el D. Juan y el enamorado. El D. Juan enamorado nunca enamorado, sujeto activo, enajenador impasible, chalador ante el altísimo, se sumerge entre objetos que le bañan de libido. El enamorado, víctima del anterior, su retrato en negativo, impenitentemente enamorado se entrega idealísticamente sin más cosecha que la imposibilidad, el sufrimiento y el menudeo repetitivo.

En el extremo opuesto al promiscuo la unicidad extrema. El que se empantana en el objeto y no logra la independencia que acompaña a la real y auténtica alienación, incapaz de combinar amor e independencia para un resultado de salud (KERNBERG). El que queda preso anaclíticamente del otro, adherido de modo inseparable aunque

sin culminar la fusión psicótica. Donde el promiscuo resbalaba y mostraba elasticidad, el unicitario se aferra y exhibe su oxidada esclerosidad. El unicitario anaclítico cree que el objeto, su objeto, es insustituible cuando nadie lo es. Correlato de pensar que madre sólo hay una y no se puede cambiar, mientras ignora que esa gloriosa excepción torna obligatoria esa forma de suplencia que es la renuncia incestuosa. Renuncia que, a veces, se enmascara en esos primeros amores, fulgurantes y para siempre nostálgicos, en los que se estrena y a la vez termina la experiencia amorosa de la persona y que no dejan de ser más que una justificación de pseudorenuncia antes que un serio invento. Ni la experiencia, la resignación, la edad o el apagamiento vital hacen insustituible un objeto, simplemente le hacen ya-no-sustituible, lo cual es radicalmente distinto.

El narcisista, igual que puede buscar su solución en el apragmatismo sexual, fiel a una política de extremos, puede hacer del sexo una de sus principales herramientas, y en este uso el D. Juan y el histérico son los más representativos. Lo sexual como protagonista se convierte en el sucedáneo del amor al que intenta suplir donde éste ya no puede. La hipergenitalización de la relación es siempre un recurso para el narcisista. La diferencia estriba en que el D. Juan es un instrumento sexual de primer orden, un mecánico de primera para un sexo orientado en la maquinaria, mientras que el histérico, que con tanta facilidad se empareja con aquél, es siempre algo novato y manazas, que acaba huyendo o no remata. Lo que les une es la hipersexualización y que siendo incapaces de amar lo intentan a ráfagas. Al D. Juan le puede ser muy fácil la

conducta sexual, pues su bloqueo ante las castraciones desemboca en una genitalidad aconflictiva que funciona mecánicamente con la facilidad que fomenta la superficialidad. El histérico, por su parte, tiene otros recursos ante una sexualidad difícil. El histrionismo y la representación le permiten diversificar la identidad donde el amor no colabora, como la somatización y la barrera gestual refuerzan su esquema corporal. Así hace factible «mostrarse en vez de dar» (M. KHAN).

Todos queremos ser un poco o un mucho histéricos y don juanes, tentados por la manzana narcisística de fugacidad-futilidad-frugalidad.

El narcisista no concibe la simetría y se niega a reconocer la castración general que a él también afecta. El amor de los demás le resulta enigmático. STENDHAL, mecla a partes iguales de enamoradizo y D. Juan se inquieta ante la posibilidad y credibilidad del amor de quien no ha leído novelas. El amor no le aparece como algo que se sabe, sino como lo que debe aprenderse.

El narcisista no acepta que debe dejar de ser él mismo para poder serlo. Ante el otro, o le ignora profundamente o establece su dominio, un poder que acabará en el abandono o la esclavitud, incluyendo esta última esa variante de pigmalionismo que intenta edificar un otro mimético, servil, sumiso y respetuoso.

El narcisista, siempre perseguido por la depresión, vela sus armas para la seducción. El narcisista en general, el histérico, el toxicómano como casos particulares, son profesionales del sentimiento. Le decoran con perfección en su representación aislada y ocasional, y tanto lo hacen del sentimiento positivo como de la repentina

indiferencia que visten de entereza y dominio de sí.

La verdad del amor no la garantiza el sentimiento.

33. CONTINENCIA.

El narcisista fracasaba en la renuncia de la primera castración y el neurótico en la genitalidad de la segunda, sin que ninguno de los dos se pierda de vista.

El neurótico fracasa si teme perder lo que tiene o cree que unos tienen y otros no, por lo que hace, como el narcisista, del apragmatismo sexual una de sus opciones.

La castidad «voluntaria», si existe como tal, es de alto riesgo narcisista. El amor-alienación exigía perderse en lo carnal. Sobre la carne se ejerce el privilegio paterno, sobre la carne se mide el incesto y sobre la carne se articulan y se simbolizan con preferencia las castraciones. La castidad voluntaria resuelve las relaciones en una pseudo-conflictividad. Cree falsamente el continente amar sin sexo, como el D. Juan creía amar con él. Este se engaña y engaña en lo dual, aquél se engaña y engaña en lo colectivo si se ofrece como ejemplo. El riesgo del casto no es dominar o no la pulsión, sino al negarla en el amor tachar éste. Esa negación tiene algo de renegación y hundimiento narcisista. El peligro del clero siempre será otro narcisismo, el del poder. El amor a Dios se presenta como potencialmente peligroso pues puede caerse en la aprobación de esta sentencia de PASCAL: «Si hay Dios es preciso amarle a él y no a las criaturas pasajeras». Aquí la exclusividad se resuelve sobre Dios a quien se convierte en el supuesto otro-otro y, a la vez, en

el Padre que torna hermanos y, por lo tanto, sexualmente inaccesibles, a toda la humanidad. Sólo cabe «hacer el amor de la caridad», de la acción benefactora, y se hará mal, impotente-mente, porque no se ha salido del otro edípico. De la madre a Dios. En el intento de superar la sexualidad se ha sexualizado a Dios. Es el destino del místico que quiere vivir con Dios antes de tiempo, antes de la oscuridad y su más allá. En el más acá de la tierra el mejor subrogado de Dios es esa ética amorosa, libertaria e identificadora

que recomienda S. AGUSTIN: «Ama y haz lo que quieras».

34. PSICOSIS FINAL.

«Hablar del amor le destruye» (Ma-
yo 68) y del amor hay que hablar pues
sólo existe si se declara.

Espero, estrella, no haberte con-
vencido.